QUEMADOS

Ramón Fernández Fernández

RFMyFL

QUEMADOS

Ramón Fernández Fernández
RFMyFL

avant
editorial

Primera edición, diciembre de 2021
© Ramón Fernández Fernández
RFMyFL 2021

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

Foto Portada: Lorena L. Conde
Diseño y Edición:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Atico A,
28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com

ISBN: 978-84-18844-90-4
IBIC: FF

A mi familia y amigos por regalarme muchas horas y días que no les dediqué cuando me pongo a escribir.

1

Amanecía un nuevo día. Era muy luminoso, con un cielo azul de verano sin una sola nube lo que presagiaba un día de calor.

Alfonso dejó de mirar por la ventana y contempló a Lucía que dormía plácidamente. Estaba radiante con su pelo revuelto entre los pliegues de la almohada. Sintió la tentación de acariciar sus hombros descubiertos, tocar su pelo con la punta de los dedos, acariciarla toda, pero se limitó a sonreír viendo como dormía feliz.

Salió muy despacio sin dejar de mirar aquel cuerpo que amaba cubierto a medias por la sábana de color verde claro.

Pasó mucho tiempo mirándola desde la puerta, era su vida, era cuanto había deseado, y cada día, al amanecer, cuando se levantaba, daba gracias a la vida por volver a tenerla a su lado después de un negro periodo de tiempo, en el que temió que la había perdido para siempre.

Como siempre hacía en verano, se fue a la cocina descalzo, le encantaba sentir el suelo frío en sus pies por la mañana, echar un gran vaso de agua fría y beber muy despacio asomado a la ventana abierta, recibiendo el aire fresco de la mañana.

El sol ya quería salir también de su lecho oculto detrás de las montañas que se divisaban a lo lejos. El día volvería a ser caluroso —pensó Alfonso—. Estaba siendo un verano con altas temperaturas y casi todas las semanas, al asomarse a la ventana, sentía el olor que delataba los incendios que todos los años por estas fechas asolaban los montes gallegos, principalmente los montes ourensanos, incluso, a veces, se podía oler y ver el humo dentro de la ciudad.

Desde su apartamento podía ver muchas montañas, las conocía de memoria. Su pequeña ciudad, Ourense, estaba en un valle cruzada casi de norte a sur por el río Miño, pero estaba rodeado de montañas más bien bajas y se puso a pensar que en muchas de ellas ya casi no había árboles como recordaba en su niñez, solo había un tipo de monte bajo que brotaba después de un incendio. También acacias, llamadas «mimosas» popularmente. Se dio cuenta de que en pocos años los montes que rodeaban su ciudad iban cambiando, aunque siempre, o casi siempre, estaban verdes, pero ya no tenían los grandes árboles de su infancia.

Sintió que cuando se quemaba un monte, de alguna manera también se quemaba algo que le pertenecía. No llegaba a entender cómo podía haber personas que los quemaran de manera intencionada.

Tanta fue su curiosidad, que pensó que casi nada sabía sobre el tema, solo lo que ocasionalmente escuchaba en las noticias y él era poco amante de las noticias emitidas por las cadenas de televisión. Se dijo a sí mismo que cuando llegara a la oficina intentaría leer sobre este tipo de agresiones medioambientales, así como conocer, o intentar saber, un poco más sobre este tipo de delitos que todos los veranos asolaban los montes.

Metido en estos pensamientos, sintió que los brazos de Lucía le rodeaban la cintura y recibía un suave beso en su espalda. Se giró despacio para darle un beso en el cuello como siempre hacía al mismo tiempo que se daban los buenos días.

—Llevo unos minutos observándote. Dime en qué pensabas tan serio, no te movías y creo que ni pestañeabas mirando al horizonte —le preguntó Lucía.

—Nada, simplemente miraba esos montes de ahí enfrente y me preguntaba si este verano los quemarán. Pensaba también porqué los pirómanos pueden sentir placer quemando el bosque, quemando los árboles y gran cantidad de fauna que no puede escapar y muere cuando hay un incendio —respondió Alfonso casi sin dejar de mirar a los montes.

—La piromanía es una enfermedad mental, un trastorno de la personalidad que también se puede asociar con la falta de control de ciertos momentos del enfermo. Quien padece esta enfermedad, siente la necesidad de incendiar y casi siempre en montes para contemplar su incendio. Pero a mi entender, los verdaderamente enfermos, no son normalmente los que más incendios provocan aquí en Galicia. Hay múltiples factores y múltiples intereses que llevan al incendio provocado. Es muy fácil definir como pirómano a todo el que incendia un monte, pero no es así, es todo mucho más complejo. Si tienes curiosidad, te puedo traer algún libro —terminó Lucía con una sonrisa.

—No, no es necesario, solo pensaba, simple curiosidad. En la oficina, si tengo tiempo, miraré sobre este tema, porque es una verdadera pena ver cómo se van destruyendo nuestros bosques, además, cuando detienen a alguno que provoca estos incendios, casi siempre la condena es muy benévola. Creo que la sociedad solo siente este tema como a mí me pasó ahora al mirar por la ventana y oler el humo o al ver algún incendio, luego termina el verano y el invierno parece traer una especie de amnesia sobre estos graves problemas ambientales.

—Te levantas sensible hoy, amor, pero tienes razón, es terrible lo que cada verano sufren nuestros montes, pero la vida sigue y a mí me está llamando una taza de café y a correr a mi trabajo, mis papeles y mis alumnos me esperan.

—Yo espero tener el día tranquilo, más bien aburrido, a no ser que algo ocurra, cosa que no espero. Papeles y más papeles. Tengo un trabajo de lo más aburrido.

—No te quejes, mejor así, la acción en tu trabajo es sinónimo de problemas —le dijo Lucía—, mejor que te aburras, pero estudia el tema de los incendios, puede ser interesante, ojalá yo dispusiera de tiempo para aburrirme.

Cada uno se dirigió a sus distintos lugares de trabajo caminado juntos, pues estaban muy cercanos, tanto la universidad de Lucía como la comisaría de Alfonso.

Alfonso se despidió de Lucía quedando para la hora de comer en una cafetería sin tener que llegar a casa y hacer la comida, cosa que a Lucía no le gustaba mucho, pero que aceptaba siempre con una sonrisa. Alfonso no quería llegar a casa y ver a Lucía trabajar con la comida y, aunque él intentaba ayudar, era un negado para esas cosas.

Entró en comisaría saludando a los compañeros de la entrada. En este mes de julio, la comisaría estaba bajo mínimos con respecto al personal por coincidir en un mes de vacaciones, por lo que reinaba un silencio a veces que no le parecía normal.

Por suerte, Ourense era una ciudad muy tranquila con un índice bajo en delincuencia, y llevaba mucho tiempo sin casos realmente grandes, solo ocurría de vez en cuando algún robo en viviendas y casas que en época de verano estaban solas, lo cual animaba a pequeños delincuentes a efectuar este tipo de delitos, pero que casi siempre eran detenidos a las pocas horas o a los pocos días.

La comisaría tenía una especie de censo de este tipo de delincuentes, así como de los traficantes que hacían trapicheos con pequeñas cantidades de drogas. Eran unos casos donde casi no actuaba Alfonso, al ser el inspector jefe, distintos departamentos se ocupaban de los temas que surgían de vez en cuando. Cuando llegaba y se sentaba en la silla de su oficina, lo primero que hacía era acariciar la foto de Lucía con el dorso de la mano, era algo que necesitaba, un rito, un momento íntimo para a continuación empezar a trabajar.

Estaba revisando un informe, cuando entró en su oficina el comisario, Antonio Suarez, acompañado del inspector, Luis Rivera.

—Alfonso, tenemos un posible asesinato. Un hombre ha aparecido atado a un árbol con alambre de espino y quemado por completo. Mandé un par de patrullas al mando de Lucas Valeiras, para hacerse cargo de todo —dijo el comisario.

—¿Dónde ha sucedido?

—En una zona del Monte Alegre, al lado de una pista forestal.

—Me voy allá entonces, ven conmigo Luis, y ya me pones al tanto de lo que sabes. Voy a llamar a Lucas —comentó Alfonso levantándose de su silla.

—Alfonso, un momento ¿cuándo te ibas de vacaciones? —le preguntó el comisario.

—Pues a final de mes, creo, aún no sé la fecha.

—Entonces deja a Lucas en el caso, él sabe qué hacer.

—Antonio, voy solo a echar un vistazo, pero ya me imagino lo sucedido. Un ajuste de cuentas entre narcotraficantes. Recuerda el alijo que descubrimos hace un par de meses, fue sin chivatazos de nadie y me imagino que eso no lo piensan los dueños de alijo incautado, seguro que este es un pequeño traficante que está pagando el tema. Casi me apuesto el sueldo. Tranquilo, tengo ganas de vacaciones, un ajuste de cuentas no me las va quitar.

—Seguramente es lo que tú dices, ya aviso al juez, al forense y a los servicios fúnebres judiciales.

—De acuerdo, Antonio. ¿Vamos entonces, Luis? —dijo Alfonso poniéndose la chaqueta.

Conducía Luis con Alfonso de copiloto. Salieron del aparcamiento de la comisaria poniendo rumbo al Monte Alegre con la luz de la sirena encendida.

—¿Cómo ves el tema, Luis?

—Lo que tú dijiste, un ajuste de cuentas, llevamos dando varios palos a los distribuidores y por supuesto que no se creen que sea solo por trabajo nuestro, por eso creo que este pobre miserable lo quemaron como aviso para los chivatos.

—Por una parte, así lo creo, pero por otra, pienso que son demasiadas molestias para un ajuste de cuentas, otras veces simplemente le pegan dos tiros y si acaso, lo queman dentro de un coche robado. Bueno, a ver cómo está, si no van a tener mucho trabajo los forenses —dijo Alfonso—. Espero que esto no nos fastidie las vacaciones este mes.

—Sí, espero que no. Yo también me voy de vacaciones, tengo ganas de ellas, hacía tiempo que no tenía tantas ganas. Tengo ganas de apagar el teléfono y tumbarme en la playa sin mirar el reloj —respondió soñador Luis.

—Te las mereces, yo no sé aún muy bien qué haré, no soy de playa, tal vez viaje un poco. ¿Lucas también se va de vacaciones?

—No, Lucas las deja para el invierno. Parece ser, que Rosa es una loca por la nieve y a él también le gusta de siempre y Jaime creo que las termina en unos días antes de que termine este mes.

—Bueno, pues la comisaria queda en buenas manos con ellos dos.

Cuando llegaron a la pista forestal siguiendo las instrucciones telefónicas de Lucas fue muy fácil. A Alfonso le sorprendió que fuera un lugar muy visible, pues era una especie de recta de dos o trescientos metros y, además, el árbol donde estaba atado el cuerpo de la víctima se veía muy fácil desde la pista, pues era el único árbol que había en el sitio y que además era un árbol ya seco, porque había sido quemado en algún incendio ocurrido en aquella zona años antes.

Se bajaron del coche y ya vieron a Lucas que se acercaba a ellos con cara de preocupación.

—Hola, Lucas, ¿qué te pasa? No te veo normal —preguntó Alfonso.

—No jefe, es que me parece todo muy raro, no sé, no es lo que pensé cuando recibí el aviso esta mañana. Aparentemente puede parecer un ajuste de cuentas y tal vez lo sea, pero veo cosas que no me encajan, pero bueno, aún no hicimos prácticamente nada, solo cerramos el perímetro y hablé con esos tres ciclistas que fueron los que dieron el primer aviso. Ahora vamos empezar a tomar datos.

—Bien, supongo que ya vienen en camino el juez y el forense, mientras, hablemos con los que descubrieron esto y luego empezamos a mirar más a fondo.

Alfonso se acercó a los tres ciclistas que estaban un poco apartados. Se presentó intentando hablarles con buen tono para animarlos un poco, pues se veían muy asustados.

—Buenos días. Tranquilos, siento mucho que os encontrarais con este tema tan desagradable y os quiero agradecer vuestra colaboración al haber llamado a la comisaría. Contarme un poco como fue la visión para vosotros, pero ya os digo, tranquilos, tomaos el tiempo que necesitéis.

—Ya le dimos a su compañero nuestros nombres y cómo vimos ese lugar cuando veníamos los tres en bicicleta. Por esta pista venimos muchas veces y ahora en verano siempre al empezar la claridad del día. Cuando nos acercamos aún se estaba quemando, en el suelo aún había algo de fuego, pero en pocos minutos se apagó todo.

—También en su cara había algo de llama —dijo otro de los ciclistas interrumpiendo al compañero.

—Nosotros nos paramos allí enfrente y el olor era insoportable. Ya cuando veníamos subiendo, notamos el olor a carne quemada, pero no imaginamos encontrar esto, pero no vimos a nadie en todo el trayecto.

—Nos apartamos para aquí después de llamar porque el viento lleva el olor hacia abajo —comento de nuevo el que interrumpía.

—¿Recordáis la hora en que llegasteis aquí? —les preguntó Alfonso.

—Sí, yo miré el reloj justo cuando vi esto, eran las 7.48 lo recuerdo bien, porque yo al subir a la bicicleta controlo mucho el reloj y me pareció importante saber la hora exacta por si me preguntaban, pensé yo —respondió uno de los ciclistas.

—Yo creo que esto es un ajuste de cuentas entre drogadictos, los tengo visto por esta zona muchas veces cuando voy en bicicleta —volvió a hablar el que siempre interrumpía.

—Vale, no os pregunto nada más, un compañero mío os toma los datos, por si tenemos que llamaros para haceros algunas preguntas, pero tranquilos, es solo rutina. Os agradezco mucho vuestra colaboración, si os queréis ir podéis hacerlo, y de nuevo, muchas gracias —les dijo Alfonso.

—Ya nos tomaron los datos su compañero. Yo, si puedo y me dejan, me quedo hasta el final, quisiera ver cómo trabajan, siempre me gustó la policía —volvió a hablar el que interrumpía.

—No es agradable lo que aquí tenemos que ver y está a punto de llegar el juez, no creo que él os deje quedar, casi mejor que sigáis vuestra ruta como teníais previsto cuando empezasteis esta mañana. Ir con cuidado y de nuevo, y por favor no comentéis nada de esto hasta que el juez lo decida. Muchas gracias —le indicó Alfonso.

Los ciclistas comentaron algo entre ellos y decidieron marchar al ver llegar dos coches donde venía el juez con un secretario y los servicios forenses. Del primer coche se bajó el juez acompañado del secretario del Juzgado. En el segundo coche solo viajaba el forense judicial con un ayudante. Todos fueron recibidos por Alfonso con un saludo acompañado de un apretón de manos.

—Hola, Alfonso, buenos días, cuéntanos lo que tenemos a simple vista —preguntó el juez.

—De momento pocas cosas. Buenos días, yo también acabo de llegar, solo hablé con los ciclistas que descubrieron esto y llamaron a comisaría. Todo parece un ajuste de cuentas, ya sabéis, tema de drogas o algo parecido, aunque como bien me dice, Lucas, aquí, además de oler a quemado, no sé, me parece raro la manera de actuar en este asesinato. Con vuestro permiso me voy a poner la funda y vamos entrar mis hombres y yo en el perímetro primero y luego os informo de lo que vea.

Alfonso se puso la funda que le pasaba Lucas, así como una mascarilla y guantes, cuando estaba preparado dio la orden con la cabeza a sus compañeros traspasando la cinta que rodeaba el perímetro donde se encontraba el cadáver atado al árbol casi quemado totalmente.

—Bien, cada uno de vosotros ya sabe qué hacer, ojo, mucho ojo al suelo, nos dispersamos en todo el perímetro y nos reunimos a un par de metros del árbol donde está el cuerpo, si alguien encuentra algo reseñable, no lo toquéis, decirlo y solo dejarlo marcado ¿de acuerdo? Vamos allá —dijo Alfonso colocando su mascarilla.

El cadáver estaba a unos quince metros de donde comenzó a caminar Alfonso y a medida que se acercaba lentamente después de mirar el suelo muy detenidamente, la visión que ofrecía el asesinado era dantesca, a cada paso que daba, miraba al cadáver como intentando ver en aquel cuerpo carbonizado alguna respuesta, porque su instinto ya le decía que aquello no era un simple ajuste de cuentas entre narcotraficantes y menos en una ciudad tan pequeña como Ourense, donde los que se dedicaban a la venta de drogas no ejercían esa forma de ajustes tan violenta entre rivales.

El cuerpo tenía unas veinte vueltas de alambre de espino alrededor del cuerpo y al árbol, de manera que el cuerpo quemado se mantenía en pie pegado al árbol, incluso tenía tres vueltas de alambre por la frente y que le sujetaban la cabeza al árbol.

—¡Aquí hay algo! —exclamó un policía que caminaba despacio hacia el árbol.

—Bien, señala y sigue —dijo Alfonso.

Nadie vio más nada que llamara la atención hasta que todos llegaron a la distancia que había dicho Alfonso. Lucas hacía fotos de todo el lugar, especialmente del cuerpo quemado. Cuando miró a Alfonso, este dio la orden de volver sobre los pasos mirando de nuevo el suelo con mucho detenimiento. Una vez fuera del recinto acordonado se fue hacia el juez y el forense.

—Emilio, Rogelio, no sé qué pensar, la verdad que no lo sé. Si te parece, Rogelio, entramos para que tú tomes muestras y luego cuando lo ordenes soltamos el cadáver para que los servicios funerarios lo recojan como tú lo órdenes.

—Yo desde aquí —dijo Rogelio— me parece ver algo raro en su cara, tendría que acercarme para salir de dudas, pero no me encaja lo que veo en su cara. Llama a Lucas y que nos enseñe las fotos de la cara del quemado, Alfonso.

Vino Lucas con las dos cámaras y empezaron a mirar las fotos que Lucas les mostraba de la cara del quemado.

—Lucas, mira de hacer un par de fotos solo de la cara y dos de la parte de la boca —le pidió el forense.

Lucas miró las fotos detenidamente y les mostró las que le pedían.

—Aquí las tenéis, ya las hice antes porque me llamó la atención la zona de la boca, creo que tiene restos de plásticos quemados, posiblemente le taparon la boca con una cinta americana o alguna similar para que no gritara, lo cual quiere decir que probablemente lo quemaron estando vivo. Eso pienso yo.

—Sí, se ve como gotas de plástico derretido en el mentón. Habrá que tomar muestras y analizarlo. Gracias por tus espléndidas fotos, Lucas —comentó el juez.

—¿No se tratará de algún rito satánico? —preguntó el forense.

—No sé qué pensar, creo que vamos tener trabajo. Si fuera un rito satánico no creo que lo hicieran en el monte y menos al lado de esta pista forestal, yo me decanto, más bien, por el ajuste de cuentas entre gentes de la droga —dijo el juez.

—Bueno, vamos a dar otro reconocimiento, hasta ahora solo tenemos señalado algo en el suelo, tenemos que intentar encontrar algo más —respondió Alfonso y ya indicando a sus hombres que volvían entrar.

—Mucho cuidado donde pisáis, ahora ya va Lucas hacia el lugar donde habéis dejado la señal para fotografiarlo antes de guardarlo como posible prueba. Abrir bien los ojos y tomaros todo el tiempo que queráis. ¡Adelante!

De nuevo Alfonso acompañado de Luis y Lucas entraron en el perímetro, además de otros cinco agentes. Daba la impresión al verlos que caminaban en cámara lenta, con cada paso hacían un barrido visual de su zona, lo que era imposible que cualquier cosa extraña no fuera vista por alguno de ellos, pero tanto en el camino de aproximación al cuerpo calcinado, como en el regreso al exterior del perímetro nada nuevo encontraron, solamente Lucas continuaba fotografiando el objeto hallado en

compañía de Luis. Después de una serie de fotos salieron hacia donde se encontraba Alfonso.

—Aquí hay algunos papeles dentro de esta especie de cartera, no la he abierto hasta llegar al laboratorio, pero puede tener algún documento —dijo Lucas enseñando la cartera dentro de una bolsa hermética donde introducían las pruebas.

—Bueno, Rogelio, ¿tú qué opinas? —le preguntó Alfonso.

—No lo sé, pero pienso en un ajuste de cuentas en tema de drogas, pero tal como se está poniendo el mundo cualquier cosa puede ser, lo que sí es claro es que el achicharrado tuvo una muerte peor que los quemados en tiempo de la Inquisición, aquellos al menos podían gritar y mandar maldiciones, este, si estaba vivo cuando le pusieron fuego, cosa que sabremos, no pudo decir ni pío —sentenció el forense—, ahora me toca a mí verlo de cerca. ¿Me acompañas, Emilio?

—No, creo que mejor me quedo aquí y preparo los papeles, que te acompañe Alfonso —le contestó sonriendo el juez.

—Bueno, pues vamos allá —refirió el forense a sus compañeros y a los servicios funerarios judiciales—. Alfonso, ¿nos acompañas?

—Por supuesto, quiero verlo más de cerca antes de meterlo en la bolsa.

Se fueron acercando despacio con Rogelio y Alfonso a la cabeza. Llegados al lugar donde Alfonso y sus compañeros habían llegado en las dos veces anteriores, Alfonso mandó que todos permanecieran en ese sitio mientras él con Lucas y Luis, hacían un reconocimiento alrededor del árbol y observaban ya de cerca al quemado.

—Adelante, Rogelio, todo vuestro —dijo Alfonso a través de la mascarilla.

Los operarios del servicio fúnebre judicial, empezaron a cortar el alambre de espino que rodeaba el cuerpo con sumo cuidado y evitando que el cuerpo se pudiera caer al suelo. Una vez suelto el cuerpo del árbol por completo, fue introducido con sumo cuidado dentro de la bolsa que cerraron de manera hermética. Todos miraron hacia el juez que con una mano les señaló que podían regresar y llevar la bolsa con el cuerpo al furgón funerario.

—Bueno, creo que aquí no tenemos más que hacer, a mí me espera mucho trabajo, si no os importa yo me voy —dijo Rogelio, el forense.

—Sí, nosotros también nos vamos para el Juzgado. Cuando puedas pásate por allí, Alfonso.

—Yo me quedo un poco más, quiero dar un último vistazo con Lucas y Luis, a los demás ya los envío a comisaria.

Poco a poco se fueron marchando todos y Alfonso no dejaba de mirar todo el entorno.

—La verdad, desde que llegué ya he cambiado de idea, esto no es tema de drogas, aquí hay algo más que eso. La gente de ese tipo de ajuste de cuentas no deja el muerto tan a la vista, hay en este lugar cantidad de sitios entre esas rocas donde

quemar a alguien y que se tarde mucho tiempo en encontrar el cadáver, creo que esto lo hicieron para que se viera lo antes posible, fue quemado al amanecer o poco antes. Pena que con la maleza del suelo no podamos tomar ni una huella, y en la pista tampoco tenemos huellas de neumáticos. Tenemos un lío aquí por aclarar y esperemos que esa cartera nos diga algo —terminó Alfonso.

—Demos un vistazo a más espacio, monte arriba y monte abajo, no sé, no me voy tranquilo de aquí —mencionó Luis.

—Bueno, pues vamos dar un último vistazo, luego nos acercamos a las casas que hay al principio de la pista por si alguien vio subir o bajar algún coche, es posible que con este calor haya gente que no duerma a esas horas —dijo Alfonso.

Los tres tomaron direcciones distintas y durante un tiempo se dedicaron a inspeccionar a fondo los alrededores, luego decidieron irse al no encontrar nada reseñable que pudiera aportar alguna prueba. Cuando bajaban del monte ya se encontraron en las primeras casas con varios vecinos en la calle con ganas de saber algo sobre lo ocurrido, pues habían visto que la carretera había sido cortada por una patrulla de la policía como había ordenado Alfonso.

Lucas continuó para ir a comisaría, mientras Alfonso y Luis paraban su coche donde estaban los vecinos.

—Buenos días, amigos, somos de la comisaría de policía y queremos hacerles unas preguntas, pero tranquilos así hablaremos mejor —les dijo Alfonso al ver que los vecinos estaban algo nerviosos.

—¿Alguno de ustedes vio algún coche subir o bajar de madrugada o a últimas horas de la noche?

—Por aquí suben muchos coches de noche, casi siempre son parejas y cosas así, aunque creo que también para trapicheos, pero casi nunca bajan, salen por la otra parte— dijo uno de los vecinos.

—Yo les pregunto por hoy, ya sé que por aquí suben muchos coches, pero me refiero a esta mañana, es por si alguno de ustedes vio algún coche que le llamara la atención.

—Yo vi sobre las cinco y media o las seis de la mañana subir uno de esos que son como los de la Guardia Civil, pero de otro color, era muy oscuro y tenía una rueda en la parte de atrás —dijo una mujer mayor que estaba detrás de todos—. Iba despacio y me pareció raro, porque por aquí todos pasan como si fueran de carreras.

—¿Se fijó en más detalles del coche? Supongo que no vio la matricula.

—Iba con muy poca luz, eso sí lo recuerdo, también que era de color oscuro, pero claro, de noche no sé qué color era, pero no recuerdo más nada, solo eso. Además, aquí el alumbrado que nos tiene el ayuntamiento es más viejo que yo —terminó la mujer.

—Ya que son ustedes de la policía a ver si se lo dicen a sus jefes que manden por aquí a algún policía, porque cualquier día hay una desgracia, porque estamos abandonados y también para decirnos qué es lo que pasó —comentó otra vecina.

—Se lo diremos a nuestros jefes y si alguno de ustedes recuerda algo sobre ese u otro coche que les pareciera raro, por favor, llamen a comisaría, se lo agradeceríamos mucho —les dijo Alfonso con una sonrisa—. Muchas gracias por su colaboración, que tengan un buen día.

—¡Ah! Si ven pasar algún coche hoy que sea parecido al que usted vio anoche, por favor, traten de anotar la matrícula o lo más que puedan, color, marca, quien lo conduce, cuántas personas van dentro, todo eso. Muchas gracias.

—Estoy segura que si vuelve a pasar lo reconozco, no sé por qué, pero seguro que sí —mencionó la mujer que decía haber visto un coche en la madrugada preguntando a continuación—. ¿Pasó algo malo ahí arriba?

—Tranquilos, ustedes sigan con sus cosas, nosotros nos encargamos de que no pase nada malo. Gracias.

Alfonso y Luis subieron al coche despidiéndose de los vecinos que hablaban entre ellos un poco desconfiados.

—A ver si esa mujer tiene memoria y puede aportar algo más, mañana volvemos por aquí. ¿Tienes los datos?

—Sí, tengo los datos —respondió Luis.

—Pues vamos a comisaría, a ver que nos tiene Lucas con lo que encontramos.

—Tengo ganas de ver lo que contiene esa cartera, porque me da que puede ser del quemado, incluso si eso es así, pienso que pudo ser dejada adrede para que la encontráramos, para que sepamos de inmediato de quien se trata —dijo Luis.

—Sí, yo también le doy vueltas a eso, fue muy fácil ver la cartera, estaba en un punto donde el suelo estaba casi sin hierba. Creo que, como tú dices, fue dejada allí adrede por los ejecutores —le respondió Alfonso.

Pronto llegaron a comisaria. Las ganas de saber los llevaba aprisa camino del laboratorio donde imaginaban que estaría Lucas, pero este ya le salió al encuentro con cara de tranquilidad.

—Identificación resuelta a falta de la confirmación de los análisis del forense, claro —dijo Lucas.

—Vamos a mí oficina y trae todo lo que tengas, Lucas.

Se sentaron los tres y fueron ojeando con cuidado el contenido de la cartera que habían encontrado. En ella había un carnet de identidad a nombre de Jorge Bolaños Frei, así como una tarjeta de crédito al mismo nombre y diversos recibos y papeles con anotaciones.

—¿Te dio tiempo a investigar el nombre, Lucas? —preguntó Alfonso.

—No, no me ha dado tiempo, iba empezar cuando os vi llegar.

—Pues demos un vistazo primero en mi ordenador. Me suena el nombre y no recuerdo de qué, pero me suena.

Alfonso encendió su ordenador y accedió a la base de datos. Después de meter el nombre que figuraba en el carnet, apareció en la pantalla toda la información referente a dicho nombre.

—Ahí está, ahora ya lo recuerdo. Un pirómano detenido por la Guardia Civil hace años y que fue declarado culpable de varios incendios en los montes de nuestra provincia durante varios años por lo que cumplió una pequeña condena —dijo Alfonso muy atento a la pantalla—. Envíale la ficha con las huellas al forense, aunque no sé si le serán de utilidad, sus manos estaban quemadas por completo.

—Ya me encargo yo —respondió Luis.

—Tratar de investigar los posibles contactos que tenía cuando estuvo en la cárcel, puede que ahí conociera el mundo de la droga, también ocupación actual y todo de él desde que salió en libertad. Yo pido informes a la Guardia Civil sobre su detención. Llamaré yo al centro penitenciario y le pediré también los datos sobre el tiempo que estuvo encerrado y luego nos reunimos antes de ir a comer.

Alfonso se quedó solo en la oficina mirando muy detenidamente la ficha del supuesto asesinado. Tenía varias ideas sobre el posible asesinato que fue anotando como supuestos en este caso. El primero que anotó fue ajuste de cuentas por temas de drogas, aunque poco convencido. El segundo una posible venganza de algún enemigo o enemigos que decidieron quemarlo por su afición a prender fuegos en montes. La tercera causa que anotó fue derivada a posibles ritos satánicos y por último la posible venganza de alguien al que un incendio de los que él había provocado, le causara grandes daños en una zona de su propiedad. Todas las vías se tendrían que investigar detenidamente.

Recibió la llamada de los agentes que había enviado al domicilio que constaba en el documento de identidad, pero era un domicilio del que varios vecinos informaron que hacía meses que se había mudado y nadie supo dar razón de donde vivía actualmente. Los vecinos informaron que durante el tiempo que vivió en ese lugar, no había hablado con nadie, solo los simples saludos cotidianos sin entablar amistad con nadie. Alfonso se dispuso a llamar al director de la prisión donde estuviera el asesinado.

—¡Hola, Roberto! ¿Cómo estás? Necesito tu ayuda.

—¡Hola, Alfonso! Lo que necesites. Por aquí todo bien. Cuéntame.

Alfonso lo puso a corriente del caso y le dio toda la información que tenía.

—¡Ah! Sí, recuerdo a ese tipo. El Cerillas le llamaban aquí, un loco cuerdo, creo yo. Se le temía un poco por muchos reclusos, pues siempre amenazaba al que le caía mal con quemarlo dentro de la celda. Lo tuvimos muy controlado y todo quedó en amenazas, un tío duro, o eso intentaba demostrar.

—¿Tuvo contactos con gente detenida por temas de drogas? Te pregunto esto porque pienso en un posible ajuste de cuentas, y si era conocido por El Cerillas aún lo creo más.

—Sí, tuvo tratos y se rodeó de varios presos que tenía aquí por temas de drogas, pero eran tipos que poco calado tenían en ese mundo de las drogas por lo que me constaba en aquella época, aunque sí pudo al salir contactar con otros de más peso en alguna organización. Aquí, que nosotros sepamos, nunca tuvo ningún problema de drogas —le dijo el director de la prisión—, te envío el dosier que tenemos del tiempo que estuvo preso.

—Estupendo. De todos modos, aún no está confirmada la identidad, eso espero que lo haga Rogelio, yo sigo en la busca de su domicilio actual y familiares —le comentó Alfonso.

—¿Cómo está Lucía? Tenemos que quedar para cenar, te toca en tu casa.

—Está bien, con mucho trabajo, pero feliz. Pues lo comento y quedamos el fin de semana en mi casa.

—Vale, Alfonso, te envío el dossier y tenme informado, ¡un abrazo!

—¡Un gran abrazo, Roberto! Ya te informo.

Alfonso se reclinó sentado en su silla, tenía en la pantalla la foto del hombre quemado atado al árbol y al lado la foto la ficha policial del que podría ser la persona quemada. Se decidió por hacer un pequeño informe para abrir el caso para su comisaría, luego haría el informe para el Juzgado. Llamó al cuartel de la Guardia Civil para pedir el informe de la detención, quería tenerlo de manera directa con la oficina de la Guardia Civil, aunque sabía que tendría que esperar para recibirlo. De todos modos, no era algo prioritario, si necesitaba algo urgente para la investigación, siempre tenía el Juzgado para revisar el caso.

Era medio día, llamó a Lucía para quedar con ella a la hora de la comida como hacían casi siempre. Salió de su oficina y se dirigió al lugar donde estaba, Lucas y Luis trabajando en sus ordenadores.

—¿Algo nuevo? —preguntó Alfonso.

—De momento nada relevante, aún no me ha llegado el informe de la Seguridad Social para saber si trabajaba o estaba en paro, los compañeros que están en la calle no han localizado de momento su nuevo domicilio. Ya sabes lo del domicilio que consta en su carnet. Llamé a Carlos Ferrer, iba mirar en el ayuntamiento si está empadronado o tiene algo sobre él. Pedí también los movimientos bancarios de la tarjeta y de momento es pronto para recibirlos, creo que vamos tener que empezar a pedir órdenes al juez si queremos agilizar la investigación —dijo Luis.

—Bueno, vayamos con calma, primero esperemos a que el forense nos confirme la identidad, porque si no es la persona que pensamos estamos trabajando para nada. No lo abandonéis, pero si tenéis otras cosas no dejéis de hacerlas. Si es un

ajuste de cuentas entre bandas de traficantes, pronto alguno cantará, con la gente que tenemos infiltrada pronto tendremos noticias, y si no es así ya la cosa es para ponernos a trabajar de verdad en el tema. Ahora me voy a comer —refirió Alfonso.

Salió Alfonso de comisaría con calma, se puso las gafas de sol y sonrió al buen día de sol que hacía. Empezó a caminar despacio, hacía mucho calor y aún tenía tiempo para la cita con Lucía. Cruzó la calle y debajo de la sombra de un árbol se quedó mirando el gran edificio de la comisaría. Se sintió bien mirando su lugar de trabajo. Iba pensando en lo sucedido, pero a medida que se acercaba al restaurante se dijo que eso no podía ser, no podía llevar su trabajo a la comida con Lucía, eso era pasado y lo estaba consiguiendo, hacía casi dos años que Lucía había vuelto a casa y Alfonso lo tenía presente cada día, era su primer pensamiento cuando la veía dormida a su lado.

—¡Hola, amor! ¿Cómo te fue la mañana? —dijo Alfonso dando un beso a Lucía.

—Bien, amor, pero sinceramente, con ganas de vacaciones.

—Hablando de vacaciones, tenemos que hablar seriamente para yo decidir la fecha, Antonio no me calla, ya le dije que las cogía a final de mes, pero sin fecha y casi a diario la misma cantinela.

—Pues vamos a comer, lo hablamos y cuadramos una fecha, pero recuerda, yo no tengo ganas de viajar muy lejos, por favor, no me lo pidas.

—No te preocupes, podemos ir a Tokio que está cerquita, o mejor aún a Nueva Zelanda, que cae cerca también —reía Alfonso.

—Nos vamos a ir a una casa rural que hay después de un radio de cien kilómetros de Ourense, bueno, por tu cara lo amplio a doscientos, no soy muy buena con las distancias —también reía Lucía—. Ya tengo un lugar a donde ir en mente, sé que te va gustar, imagínate, iban algunos reyes en la Edad Media. Investiga, superdetective. Incluso digo que sé que te va encantar.

—Dame una tarde y lo sabré, ¿doscientos kilómetros de perímetro?

—Más o menos, no miré eso de forma exacta, pero sí, puede que sí.

—¿Playa o montaña?

—No preguntes más, investiga, solo te doy otra pista y es la última. Se puede definir con la frase «estás y no estás». Y ahora come, es la hora de este trabajo, vamos a cumplir con él, que ya otros llevaron el verdadero trabajo para que nosotros disfrutemos con lo que hay en la mesa —dijo Lucía señalando su plato.

Se pusieron a comer después de un brindis como siempre hacían.

—¿Cómo fue tu día, amor? —preguntó Lucía.

—Primero dime como fue el tuyo, el mío puede resultar desagradable para contarlo en la mesa.

—Vaya, me sorprendes, pero cuéntame —se interesó Lucía.

—Ya te digo, puede ser desagradable, comienza mejor tú.

—Vale. El mío ya sabes, con las últimas revisiones o reclamaciones sobre los exámenes, pero bien, entretenida, buena gente mis alumnos.

—Pues mis delincuentes, por llamarlos de alguna manera a los que cometen fechorías, de vez en cuando me dan una desagradable sorpresa, como esta mañana.

—¿Qué te pasó, tuviste algún altercado? ¡Dime! —preguntó Lucía sobresaltada.

—No, tranquila, no tuve nada de lo que piensas. Un asesinato, un ajuste de cuentas con un hombre muerto, nada más, tranquila, amor.

—Vaya, con lo tranquilo que es Ourense y suceden esas cosas, no sé a dónde vamos ir a parar, cada día la sociedad está más nerviosa, más excitada, con lo hermoso que es vivir en esta pequeña ciudad. Espero que lo resuelvas pronto.

—Si es un ajuste de cuentas como parece, tema de drogas, pronto se resolverá el caso, en ese mundo de la droga las lenguas, a veces, se sueltan mucho y con facilidad. Pero no hablemos de trabajo —apuntó Alfonso.

Terminada la comida salieron a caminar un poco, el calor era molesto a esas horas por lo que Lucía dijo que se iba a casa, quería cambiarse y descansar en casa, por la tarde no iba a la universidad y tal vez fuera hacer algunas compras.

—Yo voy a comisaría por si hay alguna novedad, aunque al no haberme llamado supongo que poco o nada hay sobre el caso de esta mañana. Dime a qué hora vas de compras y voy contigo.

—No es necesario, tómate el tiempo que quieras, ya he llamado a una amiga, solo falta que se lo confirme si me siento con ganas, así tú puedes ir con tus amigos a tomar algo. Si lo haces avísame y te salgo al lugar donde estés —le dijo Lucía.

—Bien, pues ya te aviso si voy con Gelo y Emilio, depende también de las ganas que tenga —le comentó Alfonso a modo de despedida.

—De acuerdo, cuídate amor —le mencionó Lucía dándole un beso.

Alfonso entró en su oficina y llamó a Luis.

—¿Algo nuevo sobre el caso de esta mañana, Luis?

—Estamos trabajando, de momento pocos avances, casi ninguno, el investigado trabajaba en un almacén de reparto de bebidas, pero sabemos por el jefe de la empresa que llevaba varios días de baja. Según nos informó el motivo no era muy claro, algo relacionado con depresión. Con respecto a su domicilio, la empresa me informó que ellos tenían la misma dirección que ya investigamos. No tenían constancia de que se hubiera cambiado de domicilio. También informaron que sus actitudes en el trabajo, me dijeron, que era un buen empleado, muy callado, poco amigo de relacionarse con sus compañeros, pero que cumplía bien con sus obligaciones. Mañana me acerco a visitar la empresa a primera hora para hacer alguna pregunta a sus compañeros. Por lo demás, bancos y todo eso, aún no me pasaron información, espero recibirla esta tarde —terminó Luis.